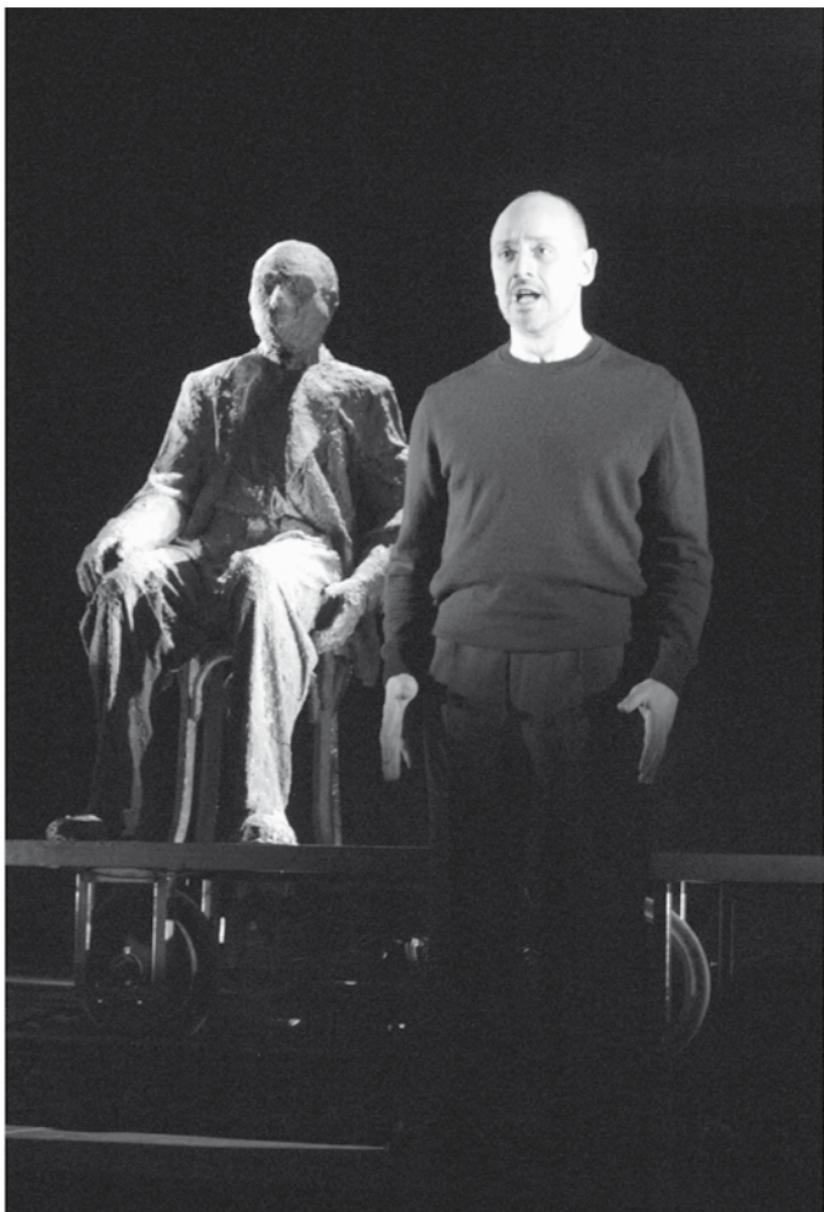


Himmelweg

A mi hija Beatriz



Alberto Jiménez en el papel del Delegado. Teatro María Guerrero (2004). Fotografía de Daniel Alonso. Procedencia: Centro de Documentación de las Artes Escénicas y de la Música (Madrid).

I

El relojero de Nuremberg

Se pronuncia «jim-mel-beck». No es una palabra, son dos palabras. «Himmel» quiere decir «cielo». «Weg» es camino. «Himmelweg» significa «Camino del cielo». Escuché por primera vez esa expresión precisamente aquí, durante la guerra.

Yo había venido a Alemania como delegado de la Cruz Roja. Siempre me ha importado la gente, por eso elegí trabajar en la Cruz Roja. El mayor disgusto de mi vida me lo llevé cuando pedí el ingreso y me rechazaron. Pero poco después volví a intentarlo y me admitieron sin problemas. Los tiempos habían cambiado, y mi conocimiento del alemán me convertía en alguien valioso. Nadie quería venir a Alemania en aquel momento. Yo acepté en cuanto me lo propusieron.

Siempre me ha importado la gente. Cuando me pidieron que viajase a Berlín como delegado de la Cruz Roja, pensé que podría hacer algo por la gente. Mi tarea era visitar los campos de prisioneros de guerra y comprobar que se cumplían los tratados internacionales. Me sentía útil inspeccionando las condiciones higiénicas y alimenticias de los prisioneros. Cuando pude salvar la vida de un hombre, lo hice. Yo podía señalar a un piloto inglés condenado a muerte y decir a los alemanes: «Sé de un piloto alemán que

está preso en Inglaterra. Será ejecutado si este hombre es ejecutado». En la guerra, ese es el modo de hablar.

Vivíamos en Berlín, en la Berliner Wannsee¹, junto al lago, en una casa que nos había cedido el gobierno alemán. Una casa grande, hermosa, yo jamás había vivido en una casa así. Pese a todo, tengo algunos recuerdos buenos de aquel tiempo. Por suerte, olvidamos antes los malos momentos que los buenos. Vivíamos todos juntos, todos los delegados de la Cruz Roja en Berlín. Cuando volvías de una misión, aquel lugar era el paraíso. Cosas elementales convierten la vida en un paraíso: una conversación con un amigo, un paseo por la orilla del lago, una pizca de humor en una época tan áspera. Con los alemanes no nos relacionábamos. Teníamos las relaciones mínimas con ellos, las necesarias.

Una mañana, en una de esas conversaciones en que se mezclan el trabajo y la vida, acabamos hablando del hombre que había sido dueño de aquella casa: un judío. Nadie se había molestado en retirar un retrato en que aparecían él, su mujer y su hija. Empezamos hablando de la calidad de la pintura y acabamos decidiendo que uno de nosotros tenía que visitar los campos de internamiento civil.

¿Hace falta que explique la diferencia? Tú no podías señalar a un judío condenado por ser judío y decir a los alemanes: «Sé de un hombre inocente que será ejecutado si este judío es ejecutado». No teníamos nada que ofrecer a los alemanes. Ni siquiera nos dejaban acercarnos a aquellos campos para civiles.

Esa mañana, ante el retrato de la familia judía, decidí entrar en uno de aquellos campos. Pero mi credencial de delegado de la Cruz Roja no me servía. El banderín en mi

¹ Paradójicamente, el suburbio berlinés de Wannsee se hizo famoso por haber albergado, en enero de 1942, una conferencia de catorce altos funcionarios alemanes y líderes de las SS en la que se consensuó una «Solución final a la cuestión judía».

coche era un trapo inútil. No tenía permiso para acercarme, pero sí tenía cartones de tabaco, medias de nylon, transistores americanos que resultaban convincentes a la hora de conseguir un papel. Un papel y se abría una barrera ante mi coche. En todos los controles, siempre dije lo mismo: «Vengo a hablar con el comandante del campo». Más de veinte barreras hasta llegar ante él.

Un hombre de ojos azules, aproximadamente de mi edad; lo había imaginado mayor. «Tome asiento. ¿Puedo ofrecerle algo? ¿Un café?». Me sirve un café. «¿Tiene autorización para visitarnos?». Él sabe que no se da esa clase de autorización. Le digo lo que me ha traído hasta aquí: «Podemos enviarles medicamentos para su enfermería». Ustedes me entienden: es solo un pretexto, lo de las medicinas es la excusa menos mala que se me ocurre. Él reconoce mi acento: «Me gusta mucho su país. Estuve allí de vacaciones, antes de la guerra». No sé si intentaba hacerme ver que era de esa clase de familia que puede permitirse unas vacaciones en el extranjero. Como hijo de gente humilde, yo jamás había viajado. La guerra me dio esa oportunidad, de salir al extranjero. El caso es que él me habla de mi país. De vez en cuando, alguien entra con un expediente para que él lo firme. Todo es como en una oficina. Ellos parecen estar haciendo algo útil. Hablamos de mi país hasta que yo consigo volver al asunto. Se trata de darle confianza, de hacer teatro: «Nos gustaría ayudar. Estamos en condiciones de suministrarles medicamentos». Él medita unos segundos y dice: «Pueden enviarlos, sí, esos medicamentos. Nosotros nos encargaremos». Yo siento que puedo ir un poco más allá: «Necesitaríamos alguna información a fin de enviar esos medicamentos». «Ah, eso es lo que le trae por aquí. Necesita información». Y guarda silencio. Yo pienso: «Bueno, amigo, tu excursión ha acabado». Pero él dice: «No veo por qué no. Ustedes necesitan información».

Entonces toma el teléfono: «Nuestro invitado va a hacer una visita al campo. Avisen a Gottfried. Nuestro invitado

tiene permiso para abrir cualquier puerta». Luego se vuelve hacia mí: «Los judíos son muy celosos de sus cosas. No les gusta que un extraño merodee en sus asuntos. ¿Otro café?». Lo acepto. Él me explica que, antes que alemán, se siente europeo. Desea que la guerra acabe cuanto antes, porque él la vive como una guerra civil. Señala su biblioteca: «Calderón, Corneille, Shakespeare... Esto es Europa para mí». Me siento incómodo. ¿Quiere hacerme sentir que es un hombre de cultura? Es un hombre de más cultura que yo, eso resulta obvio. Un hombre cuya condición social le ha permitido ir a los mejores colegios, viajar, conocer gente interesante. Mientras nos dirigimos al interior del campo, me explica que la guerra es un error, un malentendido entre hermanos. Caminamos alejándonos de los barracones de madera en dirección a los barracones de ladrillo rojo. En las escaleras de un barracón de ladrillo nos aguarda un hombre sonriente, el primer hombre sin uniforme que veo en el campo. El comandante me lo presenta: «Alcalde Gershom Gottfried».

Por un momento, me quedo algo desconcertado. El hombre sonriente, Gottfried, me recuerda al hombre del retrato de la casa de Berlín. Tengo que concentrarme para seguir sus palabras de saludo, porque además habla con un tono de voz extraño: «Si me permite, yo le serviré de guía. Puede tomar las fotos que quiera».

Sí, yo llevo una pequeña cámara conmigo. Quizá ustedes hayan visto aquellas fotos². Hice muchas fotos. Cada rato, Gottfried me recuerda que puedo tomar fotos. Fotografío las calles, asfaltadas y limpias. El quiosco en que toca la orquesta, en el centro de la plaza. El parque, lleno de columpios con formas de animales. Los globos de colores.

La gente me mira con extrañeza. Lo achaco al hecho de no llevar yo uniforme. Me miran como a alguien que no es

² Para el valor de la fotografía en el imaginario de Mayorga, véase la «Introducción».

ni uno de ellos ni uno de los alemanes. Tengo la molesta sensación de que me evitan. Hace sol y la gente aprovecha para pasear.

«¿Qué esperaba?», me pregunta el comandante. «¿Hombres flacos con pijamas de rayas? También yo he oído esas fantasías. También usted las ha oído, ¿verdad, Gottfried?».

Gottfried contesta que sí, que también él las ha oído. «Usted me permitirá que le invite a almorzar en mi casa», me dice. «Un almuerzo sencillo. Estos tiempos son duros para todos». Entramos en uno de los barracones rojos y comemos con la familia Gottfried. Me tranquiliza ver que no se parece a la familia del retrato de Berlín. Sobre la mesa, verdura y pan blanco. Gottfried dirige la bendición al modo judío y luego dice: «Puede tomar fotos, si quiere». Ustedes quizá las hayan visto, esas fotos. Fotos de una casa modesta, con ventana a la plaza. Los tres nos acercamos a la ventana a tomar café: el alemán, el judío y yo. El comandante, el alcalde y el hombre de la Cruz Roja. La plaza está vacía a la hora del almuerzo, como si la pequeña ciudad se tomase un descanso. Me parece buen momento para preguntar por aspectos prácticos, como el alcantarillado o el correo. Pero el comandante no tiene ganas de hablar de ese tipo de cosas. «Basta de política. Hace una tarde preciosa, no la desperdiciemos. Gottfried, nuestro invitado no puede irse sin ver el reloj de la estación».

El comandante nos propone ir a la estación a través del bosque, bordeando el río. Gottfried camina a mi lado, en silencio, mientras el comandante hace pronósticos sobre el futuro: «Esta guerra es la obra común de toda la humanidad. La paz que seguirá a esta guerra será también obra de toda la humanidad». Caminamos por una zona de bosque espeso; la luz del sol apenas puede abrirse sitio. El comandante me pregunta si creo en Dios. Le contesto que sí, porque en aquel entonces yo todavía creía en Dios. El comandante se refiere al Dios de Spinoza, y cita una frase de Spinoza: «El odio que es vencido por el amor, se convierte en

amor; y ese amor es más grande que si el odio no lo hubiera precedido»³. En el río, una niña juega con un muñeco. Yo me detengo a fotografiar a esa niña.

El reloj de la estación marca las seis en punto⁴. Gottfried me cuenta su historia: «Fue construido hacia el año mil quinientos dos por el maestro Peter Henlein⁵, de Nuremberg⁶, el famoso fabricante de juguetes automáticos. En contra de lo que parece, no es un reloj de ruedas, sino de báscula». El reloj no se mueve y yo comienzo a comprender qué me resulta raro en el modo de hablar del alcalde Gottfried. «La báscula es una barra de hierro que lleva en sus extremos dos pesos. Mediante sendas paletas, esta barra dirige la marcha rotatoria de la rueda». Es como si... No solo ahora, cuando me explica el movimiento del reloj, también al conversar sobre el tiempo o al ofrecerme pan. Gottfried habla como un autómeta.

Un joven corteja a una muchacha en un banco de la estación. Un viejo lee un periódico. Dos niños juegan a la peonza. Quizá ustedes hayan visto esas fotografías.

La pareja, el viejo, los niños, ¿no hay algo artificial en ellos? ¿No ha sido todo como entrar en un bonito juguete, desde el risueño saludo del alcalde Gottfried? La estación huele a pintura reciente. La orquesta, los columpios, todo me parece, de pronto, igual de extraño que la voz del alcalde. ¿Cómo era este lugar antes de que yo llegase? ¿Cómo será después? Yo he venido a mirar. Yo soy los ojos del mundo. Yo voy a salir de aquí con muchas fotografías y un informe contando lo que he visto.

³ Cita extraída de la *Ética demostrada según el orden geométrico*, de Baruj Spinoza (III, 38).

⁴ Véase la «Introducción».

⁵ Relojero oriundo de la ciudad de Nuremberg (1479/1480-1542), tradicionalmente considerado el inventor de un reloj portátil que podía utilizarse hasta cuarenta horas sin necesidad de rebobinarlo.

⁶ Ciudad alemana especializada en la producción de juguetes, prueba de lo cual es la vigencia de una feria y un museo consagrados a ellos.

No me malentiendan: no dudo que sean judíos. Son judíos, pero por alguna razón se comportan así. Pero lo hacen mal. Se mueven con torpeza, con inseguridad.

Mis padres me educaron en la compasión. Nunca cierro mis ojos al dolor ajeno. Por eso ingresé en la Cruz Roja, porque quería ayudar. Por eso acepté trabajar en Alemania, y por eso estoy aquí, porque quiero ayudar. Pero necesito que alguno de ellos, el viejo, la pareja, los niños, que alguno me haga una señal, necesito una señal. En ningún momento nadie me ha hecho un gesto. En ningún momento nadie ha dicho: «Necesito ayuda».

En lugar de eso, todos me dirigen una extraña mirada. También los niños que juegan a la peonza. Si ustedes han leído mi informe, yo hablo allí de ellos, los he fotografiado. Su peonza rueda hasta caer junto a las botas del comandante. Los niños se miran sin saber qué hacer, como si ese momento no estuviese previsto. Gottfried deja de hablar, como si tampoco él supiese qué toca hacer. El comandante se agacha a recoger la peonza. Me pregunto si no será también él, el comandante, una pieza del mecano. Demasiado amable, demasiado culto. El comandante, o el hombre que se me había presentado como el comandante, dice a los niños: «En Alemania tiramos la peonza de otro modo». Y se acerca a ellos, para enseñarles cómo se tira la peonza en Alemania.

El reloj sigue marcando las seis en punto. El comandante juega con los niños, a unos metros, dándonos la espalda. Es el momento. Es la ocasión para que Gottfried me diga: «Ayúdame». No tiene que decirme nada, basta una señal. Gottfried dice: «En mil novecientos catorce se pudo determinar que, más de cuatrocientos años después de haber sido construida, esta máquina seguía marcando la hora exacta con solo medio minuto de diferencia. La báscula de este reloj procede de otro anterior, construido en Toledo en mil cuatrocientos noventa y dos. Lo que significa que usted está viendo una máquina que ha marcado las horas durante casi quinientos años».

Me invade una rara sensación de soledad entre esos alemanes y esos judíos. Empiezo a sentir que también yo soy una pieza del juguete. Pero ¿cuál es mi función? ¿Dónde estoy, en realidad? A un metro de Gottfried, pero ¿dónde?

El comandante vuelve a nuestro lado. «A esta estación llega gente de toda Europa. Pero no espere ver ningún tren. A menos que quiera hacer noche aquí. Los transportes siempre llegan a las seis de la mañana». Me parece escuchar los trenes atravesando el silencio del bosque. Atravesando ese silencio que solo se oye dentro del bosque.

Al otro lado de las vías, mi mirada cae sobre una corta rampa de cemento, dispuesta como para hacer bajar ganado de los vagones. Luego, una rampa de subida, más suave y más larga, que acaba en una especie de hangar. El comandante se da cuenta de que mi mirada está en el hangar. Me explica: «La enfermería. A este camino, desde el tren hasta la enfermería, le llamamos ‘Camino del cielo’». Y mira a Gottfried como pidiendo confirmación. Gottfried asiente: «Camino del cielo».

«Desde allí se ve toda la ciudad», dice el comandante, y me invita a comprobarlo. En efecto, desde lo alto de la rampa se ve la ciudad entera. En la plaza, todo vuelve a moverse como un juguete al que se ha dado cuerda: los niños de los columpios, los viejos paseando al sol, el vendedor de globos... El comandante señala lugares por los que hemos pasado: el campo de fútbol, el teatro, el colegio. La sinagoga. «Libertad de culto», dice. «Esta ciudad es lo que llamamos una ‘Zona de repoblación judía’. Un experimento de autogestión». Hoy yo hubiera preguntado: «Si ellos se gobiernan solos, ¿cuál es su misión, comandante?». Pero no hice aquella pregunta, no se podía hablar así a los alemanes. El comandante insiste: «Un experimento para resolver un problema que ninguna nación europea ha sabido solucionar durante siglos». Parece esperar que yo haga algún comentario, pero lo único que se me ocurre decir es: «Lo que me sorprende ahora son las dificultades

que encontramos para visitar este sitio». El comandante hace un gesto a Gottfried, como para que intervenga. Gottfried dice: «Tenemos gente de toda Europa, lo que nos plantea algunos problemas organizativos. La situación es incómoda, sobre todo para las personas de edad, pero la gente joven tiene confianza en el futuro. Los jóvenes saben que somos como un barco que espera entrar a puerto, pero una barrera de minas se lo impide. El capitán, que desconoce el estrecho paso que lleva al puerto, debe ignorar las falsas señales que le envían desde la costa. El capitán espera una señal inequívoca. Mientras tanto, su deber es conservar la paciencia».

Por primera vez, tengo la impresión de que algo molesta al comandante. El arranque lírico de Gottfried, todo eso de los barcos, lo ha enojado. Bruscamente, dice: «Está oscureciendo», y camina de vuelta hacia la estación. Gottfried se apresura a seguirlo con sus cortos pasos de cojo. No sé si lo he mencionado antes, la cojera de Gottfried⁷. El caso es que es entonces, mientras ellos bajan por la rampa, cuando apoyo mi mano sobre la puerta del hangar. Todavía recuerdo el frío en los dedos al tocarla. Y los ojos de Gottfried, que se vuelve para mirarme.

¿Cree que voy a abrir esa puerta? También yo creo que voy a abrirla. Pero ¿y si estoy equivocado, después de todo? ¿No me estaré dejando llevar por mis prejuicios? O por la arrogancia. Por la vanidad de quien cree ver más allá de lo que la vista ve. Me separo de la puerta y bajo a reunirme con los otros dos.

Acompañamos a Gottfried hasta su barracón. «Vuelva cuando quiera», me dice. El comandante y yo caminamos alejándonos de los barracones de ladrillo rojo. Sin detenerme, miro hacia atrás. La mirada de Gottfried es muy inten-

⁷ La cojera de Gottfried, forzada como un mecanismo más de representación por el Comandante, solía considerarse, desde la época clásica, símbolo de debilidad y deformidad del alma.

sa. Hoy sé por qué me miraba así. Me miraba como pensando: «Ahí va un hombre vivo». El comandante no deja de hablar mientras me guía hasta mi coche. «Alemania está haciendo aquí un trabajo extraordinario. Algún día, Europa nos lo reconocerá». Sus últimas palabras son: «Ya ha oído a Gottfried: vuelva cuando quiera».

Al llegar a Berlín, escribí mi informe. Mi memoria vuelve a escribirlo todas las noches. La gente me pregunta: «¿No viste los hornos?». «¿No viste los trenes?». No, yo no vi nada de eso. «¿El humo?». «¿La ceniza?». No. Todo aquello que dicen que había aquí, yo no pude verlo.

A veces pienso que podría haber preguntado a Gottfried mirándolo a los ojos. O que podría haber preguntado a la niña que jugaba en el río con un muñeco. Ella debía de saber. Las cenizas eran arrojadas al río. Ninguno de ellos fue enterrado.

Pero ¿quién sabía entonces todo eso? Ahora es fácil verme como un hombre ridículo, pero solo soy una persona como cualquier otra. Lo único que me distingue es que estuve aquí, en el «Camino del cielo».

El bosque⁸ lo cubre todo hoy, pero yo puedo reconocer el lugar sin la menor duda. Era aquí. Aquí estaban las vías del tren. Aquí llegaban los trenes, puntuales, a las seis de la mañana, los trenes siempre llegaban a las seis de la mañana.

Sí, era aquí, puedo sentirlo bajo mis pies: por aquí pasaba el camino del cielo. Las puertas de los vagones se abrían y, entre luces deslumbrantes y ladridos, ellos eran empujados por el único camino posible, la rampa de cemento que acababa en una especie de hangar.

⁸ Símbolo de carácter dual: por un lado, el bosque es origen de miedos atávicos en el imaginario simbólico centroeuropeo; por otro, sin embargo, como bien demostró María Zambrano en *Los claros del bosque* y Ana María Matute —que dedicó palabras clarividentes a ese ámbito en su discurso de ingreso en la Academia—, es lugar de comunión con el alma y punto a partir del cual alcanzar la trascendencia.

Hago este camino cada noche. Cada noche sueño que camino por esta rampa y llego ante la puerta del hangar. La abro y aquí están, sonriendo, esperándome. Gottfried y todos los demás.

Mi memoria vuelve a escribirlo todas las noches: «Las condiciones higiénicas son satisfactorias. La gente está correctamente vestida, con las diferencias lógicas entre las clases sociales y las zonas de procedencia. Las condiciones de alojamiento son modestas, pero dignas. La alimentación parece suficiente».

No sobrestimen mi poder. Todo lo que podía hacer era redactar un informe y firmarlo con mi nombre. Aunque hubiera escrito otra cosa, nada hubiera cambiado. ¿Podía haber escrito otra cosa? Mi misión era abrir los ojos y mirar.

Ahora que vuelvo a estar aquí, dentro del bosque, apenas recuerdo al hombre que yo era entonces, pero podría repetir palabra por palabra lo que aquella noche escribí ante el retrato de la familia judía: «He visto una ciudad normal». Yo no había visto nada anormal, yo no podía inventar lo que no había visto. Yo hubiera escrito la verdad si ellos me hubieran ayudado. Una palabra, un gesto. Escribí: «Cada cual es libre de juzgar las disposiciones tomadas por Alemania para resolver el problema judío. Si este informe sirve para disipar el misterio que rodea al asunto, será suficiente». Hoy siento horror estando aquí, pero no voy a pedir perdón por haber escrito aquello. Volvería a escribirlo como lo escribí, palabra por palabra. Lo firmaría otra vez. Escribí lo que vi, y no dije que fuera un paraíso. Al día siguiente hice enviar tres cajas de medicamentos. Una semana después, recibí una carta desde el campo. La firmaban el comandante y el alcalde Gottfried, dándome las gracias.